

Tomaron por remedio la huida,
Haciendo grandes fieros, y diciendo:
«Mal nos ha sucedido la primera;
Mas tentaremos luego la segunda,
La cual daremos á cureña rasa,
Y será dentro de tercero día:
Entre tanto curad vuestros caballos,
Que nosotros haremos otro tanto
A estos que llevamos por delante.»
Que fueron tres ó cuatro, sin que parte
Fuesen para quitárselos entonces,
Por no poderlos ver á los principios.
Pero Gaspar de Rodas y los suyos,
Como saliesen bien desta borrasca,
Habida su consulta determinan
Salillos á buscar antes que vengan;
Y así día siguiente caminaron
Cuarenta validísimos peones
Y Gonzalo de Vega por caudillo,
Soldado viejo bien acreditado,
De cortesanías partes, y en la guerra
No menos venturoso que valiente,
Con orden de pasar la contrapuesta
Quebrada Pequí, de la cual hereda
Y toma nombre toda la provincia.
Fuélos el general acompañando
Con veinte de caballo bien armados,
Quedando desta parte por reguardo
Y muro, si volvieran por ventura
Del bárbaro tumulto contrastados;
Porque pasar con ellos adelante
Erales imposible con caballos,
Por el impedimento de barrancas
Altas que perturbaban el pasaje,
Las cuales se lo dieron á peones
Cuando nocturna sombra los cubria,
Y con la misma fueron caminando
Hasta llegar al alto de una loma,
A cuyo pie después vieron un llano
Poblado de labranzas y apacible,
En cierta parte del doce caneyes
O casas de vistosa compostura,
Moradas de los indios mas cercanos.
Allí, cuando la luz del sol doraba
De los escelsos montes las coronas,
Acometen diciendo: «¡Santiago!»
Andan lijeros piés y manos prestas
A recoger los bárbaros despojos:
Captívanse muchachos y mujeres,
Porque de gente para tomar armas
Muy pocos les hicieron resistencia,
Por se hallar absentes celebrando
Los tristes funerales de Sinago,
Que murió quasi repentinamente,
Con íntimo dolor de los vecinos,
Que de su gran valor y buen consejo
Tenian infalible confianza
En todas ocasiones belicosas;
Y así su falta se juzgó por todos,
A lo menos en esta coyuntura,
Por adversa señal y mal agüero.
Corrió la nueva pues por las labranzas
Cercanas, cómo pocos españoles
Entraron en el pueblo referido,
Y en breves horas, de manebos verdes
Se convocaron mas de cuatrocientos
Que, como tigres fieros á balantes
Ovejas, acometen á los nuestros,
Y encienden luego sus pajizas casas
Segun y como tienen de costumbre
Cuando son infestadas de contrarios;
Unos hacian esto, y otros llenos
De flechas, dardos, piedras y de lanzas,
De que volando van nubes espesas,
Cercan el escuadron de los cristianos
Que, como gente diestra y animosa,
Defienden bravamente su partido
Y ofenden con las balas, cuyos vuelos
A muchos encaminan al infierno;
Mas todos ellos fueron poca parte
A reprimir la furia y el coraje
Que los movia, por lo cual convino

Volver con orden á tomar la loma
Antes que fuese de otros ocupada.
Fuélos siguiendo la caterva fiera
Hasta metellos en el angostura
Mas apropiada para su defensa,
Porque desdella mas seguramente
Se podian jugar los arcabuces
Con daño de los bárbaros fronteros
Que, como ya de tiros carecian,
Por habellos gastado con la priesa
Y obstinado furor con que vinieron
Y algunos estuviesen mal heridos,
Con pasos reportados se volvieron,
No sin intentos de tomar venganza
De los que fueron causa de su pena,
Los cuales libres, sanos y contentos
Llegaron á dar cuenta de lo hecho
Donde Gaspar de Rodas esperaba;
El cual, habiéndose certificado
De las disposiciones de la tierra
Y el cómodo de cosas necesarias,
Acordó de pasar allá su campo:
Habia la quebrada de por medio,
Impedimento para los ganados,
Y para hacer paso conveniente
A Gonzalo de Vega le dió cargo
Con cuantidad de indios y de negros,
Que con los necesarios instrumentos
Fueron apercebidos otro día,
Y treinta compañeros bien armados
Que les asegurasen las espaldas
Cuando pusiesen manos en la obra.
Salió con ellos, no con el orgullo
Ni con aquel semblante que solia
Cuando facilitando cualquier riesgo
A todos los movia y animaba,
Mas melancolizado y pensativo,
Con unos esperezos adevinos
Del trabajado fin y desventura
A do su duro hado lo llevaba,
Cuyo decreto desapiadado
Ejecutado fué por esta via:
Antes de se llegar á la quebrada
Donde se concertó hacer camino,
Habian de pasar forzosamente
Por ciertos pajonales intrincados
De yerbas y de fructices diversos,
Con espesura tal y tan cerrada
Que fuera de una muy angosta senda
Con gran dificultad se caminaba,
Lugar dispuesto para que los indios
Pudieran dar algunos sinsabores;
Y el Gonzalo de Vega, conociendo
Esta disposicion para su daño
A tales ocasiones obviando,
A los soldados dijo lo siguiente:
«Amigos, en aqueste lugar ciego
Podrian indios y serán bastantes
A dar algun mortal desasosiego
A los inadvertidos caminantes:
Bueno será que le pongamos fuego,
Y anticipémonos nosotros antes,
Porque bien arderá por ser pajizo.»
Parecióles muy bien, y así se hizo.
Mas como lo pusieron de mañana
Y las mas altas ramas estuviesen
Entonces algo lentas del rocío,
La menudilla yerba solamente
Se iba por debajo consumiendo
Sin llegar á las zarzas y virgultos;
Al fin, visto ser vana diligencia,
Pasó delante con los compañeros
Al principal efecto de su cargo,
Y el misero no ve que deja puestos
Lazos adonde caiga cuando vuelva,
Como le sucedió; porque ya llanos
Los ásperos barrancos del arroyo,
Y á sus alojamientos revolviendo,
Llegan al pajonal, que todavía
Humeaba por partes diferentes,
E ya con la gran fuerza de la siesta
Para tomar el fuego sazonado.

Mas, sin estímulos desta sospecha,
Por medio del prosiguen su camino
Con viento que por puntos refrescaba
Los soplos del á las espaldas dellos:
Estos invalescieron de tal suerte
Que levantaron presurosas llamas
Cuya sonora tempestad y furia
Vuela y a mas andar los va siguiendo.
El Gonzalo de Vega que quedaba
En rectaguardia, como conociese
El riesgo y amenaza de la muerte,
A grandes voces dijo: «Fuera, fuera,
Andar, andar, andar á parte rasa,
Porque si no tomamos la ladera
Con tiempo, nos haremos todos brasa.»
Huyen los delanteros velozmente,
Y él, como se quedaba rezagado
Por no dejar atrás alguno dellos,
Cuando quiso salir de la presura
Hallóse tan cercano de las llamas
Que tentó de saltar por medio dellas
Acia lo que quedaba ya quemado
Por ser lo mas seguro, confiando
De su velocidad y lijereza;
Mas el impetuoso torbellino
Como si fuera paja lo arrebató
Y vuela mas atrás, donde la nube
De la fumosa llama se tendia,
Dejándolo sin barbas ni cabellos,
Las manos, piés y rostros abrasados,
Ardiendo los vestidos, que quisiera
Rompellos y apartallos; mas no puede
El miserable darse tanta priesa
Quel fuego mas no fuese penetrando,
Segun al gran Alcides la camisa
Vestida por engaño del Centauro.
Pasada pues la fuerza del incendio,
Al son de sus lamentos y gemidos
Volvieron compañeros á buscallo,
Y con apresurada diligencia
Empapan las ardientes vestiduras
Con agua que tenían á la mano:
Las cuales resibaban como cuando
En la ciscosa pila del herrero
Meten el instrumento caldeado;
Y sin parar, en unos y otros hombros,
Lo llevan al real por dalle cura,
En vano, pues un día solamente
Tuvieron vida los tostados miembros:
De que todos, por ser hombre bien quisto,
Manifestaron tierno sentimiento,
Y el general lo muestra mas acerbo
A causa de tenello por amigo,
El cual, después de dalle sepultura
Segun el tiempo y el lugar concede,
Determinó dejar aquel asiento
Y rancharse donde mas propincuas
Tenga las ocasiones á que viene;
Cuyos sucesos varios contaremos
En el canto siguiente, Dios mediante.

CANTO SESTO.

En el cual se da razon cómo Gaspar de Rodas pasó su campo á la provincia de Pequí, donde no se le hizo resistencia, antes algunos indios le dieron la paz.

Segun sobre fortísima colona
Se suele sustentar un edificio,
Y en tanto que ella dura no padece
Yactura, detrimento ni ruina,
Valor de un hombre solo también suele
Con las buenas industrias y consejos
Que tiene, conservar grandes estados;
Pero faltándoles este cimiento
Y estribo que la fábrica tenia,
Los miembros que una voluntad guiaba
Suelen en diferentes dividirse,
Y por tener diversas opiniones
Unos y otros vienen á perderse,
Como la gente deste principado

De Pequí, con la muerte de Sinago,
De cuya voluntad y pareceres
Pendian todos los de los vecinos:
Pero como faltó, cada cual dellos
Quiso hacer cabeza de su juego,
Y así Gaspar de Rodas con su gente
Entró sin que hallase resistencia,
Antes Yutengo y Aramé su primo
Quemaron sus asientos y labranzas
Y con la gente que seguirlos quiso
Se fueron al partido de Carauta.
Los otros, que de mal se les hacia
Dejar sus casas y sus propiedades,
Aceptaron la paz que les pedian,
Debajo de la cual los españoles
Eran medianamente regalados
El tiempo que estuvieron en su tierra,
Que fué de tres semanas, porque luego
Fueron á la provincia de Norisco,
De grandes poblaciones, y abundante
De los mantenimientos necesarios,
Rica de telas de algodón y oro,
Cuyos caciques eran dos hermanos,
Quel uno se llamaba Bayaquima,
Otro Tacujurango, ricos hombres,
Con otros principales que salieron
Ansímismo de paz, dando presea
De sus preciadas telas y oro fino.
Allí pararon por algunos días,
A causa de ser tierra proveída;
Mas como Febo visitar queria
De los doce chatones el primero
El estrellado cinto que rodea
Toda la redondez oblicuamente,
Y entonces en aquellos hemisferios
Sabian que venian ya cercanos
Los procelosos nimbos del invierno,
A todos pareció que convenia
Pasarse a la provincia de Itúango,
Do se remata ya la tierra rasa,
Por la rica noticia que les daban
Los indios principales de Norisco,
Diciendo ser la tierra de Itúango
Tal que satisfaria su codicia
Ansi de oro como de sustento;
Cuyos caciques eran caudalosos,
A lo menos Tecuce y Agrazaba,
Dos señores, hermanos valerosos,
Que los harian fácilmente ricos:
Esto decian todos, mayormente
Tacujurango que, con el deseo
De yellos fuera de su territorio,
Al general habló desta manera:
«Capitan, si pasares adelante,
Los tuyos no serán trabajos vanos,
Pues verás tierra rica y abundante
De bastimentos y dorados granos,
La cual afirmo que será bastante
Para poder llenaros ambas manos,
Porque demás de ser provincia bella
Es una pasta de oro toda ella.
» Traéis para poblar en buen terreno
Encaminadas vuestras voluntades:
Ninguno hallareis tal ni tan bueno,
Ni tan á punto las comodidades;
Por todas sus distancias aquel seno
Tiene las convenientes cualidades:
Alegre suelo, talantoso y alto,
Y que de sanidad nunca fué falto.
» De nosotros podrás asegurarte,
Ya que la paz habemos prometido,
Que se sustentará por nuestra parte
Con vínculo que no será rompido,
Antes en socorrerte y ayudarte
Aqui podrás tener favor cumplido:
Desto que digo no hallarás cosa
Que con razon la lames fabulosa.»
Esto certificó Tacujurango,
Y aunque no fué segun encarecia,
Los nuestros con aquellas buenas nuevas
Determinaron de hacer viaje
A la provincia que les alababa,

Con intenciones de poblar en ella,
Efecto grandemente deseado
De todos cuantos van en la jornada,
Que ya se prometían grandes rentas,
Ansi de minas como de tributos
Impuestos á los indios que les diesen
Segun uso comun en encomienda.

Salió pues nuestra gente de Norisco
Con los caciques dél que la guiaban,
Los cuales, ó por no saber caminos
Mas apacibles, ó con mal intento,
Iban por salebrosas asperezas,
Riscos y peñascales, donde siempre
Andaban ocupados gastadores
Haciendo paso para los caballos,
Con tanta pesadumbre todas horas
Que no puede por letras explicarse.

Al fin en Itúango los metieron
Adonde comenzaba lo poblado,
Cuya vista no fué de tanto gusto
Cuanto fueron los encarecimientos
De los que de Norisco los movieron,
Y así por no salir tan puntuales
Pusieron muchos dellos á recado,
Aunque se disculpaban con decillas
Estar mas adelante la grandeza;
Y a questo desengaño dos soldados
Insignes lo tomaron á su cargo,
Que fueron descubriendo por las lomas
Hasta llegar á parte de do vieron
Un pueblo de cien casas populosas,
Cuyos confines, campos y repechos
Tenian buena copia de culturas,
Adonde por gozar de mejor sitio
El campo se pasó; pero los indios
Cuando los vieron ir no se tardaron
En convertir sus casas en ceniza,
Ansimismo talando las labranzas
Que les podían dar mantenimiento;
Lo cual fué causa de que padeciesen
Grave necesidad, y mayor fuera
Si no se socorrieran del ganado
Y fructa de aguacates que hallaban
En grande cantidad, cuya hechura
Es á similitud de pera verde,
Aunque mayor y de mas largo cuello,
De gusto simple quasi de manteca,
Ningun olor, mas tales hay que tienen
El del anís, y su sabor el mismo,
Una pepita sola, y esa grande
Poco menos que huevo de gallina:
Es fruta sana, y es el arbor alto,
No muy hojoso, mas de buena vista.

Destos se sustentaron algun dia,
En tanto que candillos diligentes
Que la tierra corrian por momentos
Descubrian asiento mas propicio;
El cual no se hallaba, porque todos
Estaban abrasados, y los indios
Dentro de las montañas comarcanas
En pueblos de sus dedos recogidos.
Y a questo visto por Gaspar de Rodas,
No quiso fundar pueblo por entonces,
Y aun opiniones hubo que decían
Haber sido su principal intento
Hacer que estas provincias acudiesen
A servir á la villa de Antioquia,
Por engrosar las suertes que tenia
Y otros particulares intereses,
No sin agravio de los que vinieron
A le favorecer en la jornada,
En confianza de que fundaria
Nuevos albergues do permaneciesen
Siendo señores de repartimientos,
Como lo suelen ser en estas partes
Aquellos que conquistan nuevas tierras.

Esta sospecha pues tuvo principio
De ver la dilacion y la tibieza
De un razonamiento que les hizo,
Cuya substancia fué la que se sigue:
«Carisimos amigos, claramente
Conoceis el engaño del viaje,

Pues todo lo hallamos diferente
De lo que dijo bárbaro lenguaje:
Pareceme ser cosa conveniente
Buscar invernadero y estalaje,
Pues seco tiempo no será bastante
Para poder pasar mas adelante.

» Estamos al remate del verano,
Cuando preparan ranchos y cabañas
Los que se temen del rigor cercano
De las molestas y lluviosas sañas;
Y así no tengo por parecer sano
Meternos de presente por montañas,
Aunque mas ricas y pobladas sean,
Pues ternemos sazón en que se vean.

» Salidos del campés de la zavana
Los caballos y yeguas y el vacuno,
Si se dice verdad, es cosa llana
Quel pasto que ternán será ninguno,
Y ayunará la gente castellana
Si le hacen á él estar ayuno,
Por ser como sabeis en los extremos
El principal recurso que tenemos.

» Hallareis otros mil inconvenientes
Los que ya conoceis las travesuras
Destas inmites y mudables gentes
Que no pierden las buenas coyunturas;
Y así con los amigos mas patentes
Las espaldas dejamos mal seguras,
Pues cuando muestran mas quieto pecho
Es para perpetrar algun mal hecho.

» Y con quien tiene tan ruines deijos,
Como sabemos ya por esperiencia,
No tengo por seguro que á lo lejos
Determinemos de hacer ausencia,
Antes en puestos que les son anejos
Convenga que hagamos asistencia,
Pues cuanto mas cercanos á su planta
Tanto mas su braveza se quebranta.

» Mas aunque nos detengan los rigores
Del agua, no estaremos tan quietos
Que no vayan en tanto corredores
A descubrir sus casas y secretos,
Y vean qué lugares son mejores
Para poner en obra los conceitos:
Mi parecer es este de presente,
Salva la correccion del que mas siente.»

Dijo, y á los de sanas voluntades
Parecieron razones concluyentes,
Y que su discursión y racionio
Era debajo de comun provecho;
Y así muchos dijeron que la traza
Que daba para todos era buena,
Mas los del nuevo reino de Granada
Confirmáronse mas en la sospecha,
Y ser todas aquellas dilaciones
A fin de no poblar, y que tiraba
A sus particulares intereses:
A questo murmuraban muchos dellos;
Mas Francisco de Ospina cuerdamente
Por todos respondió desta manera:

« Señor, no me parecen mal fundadas
Las razones de vuestro parlamento,
Y basta para ser verificadas
Ser orden de tan buen entendimiento;
Pero las cosas bien examinadas
Se hacen con mayor acertamiento,
Por no ser tan cabal mortal aviso,
Que tenga siempre parecer preciso.

» No quiero reprobar parecer vuestro,
Porque me consta ser bien acordado
Buscar invernadero como diestro,
Antes que llegue tiempo destemplado;
Mas este sea para siempre nuestro
Y por su Majestad pueblo fundado,
Con diligencias fijas y bastantes,
Segun piden negocios semejantes.

» Porque con este mismo pensamiento
Dejamos nuestras casas y sosiego,
Y vos manifestastes tal intento
Al tiempo que cumplimos vuestro ruego;
No siento ni lo hay impedimento
Para que lo dejéis de hacer luego:

Haceldo; cumplireis con vuestro oficio,
Y á Dios y al rey hareis muy gran servicio.

» Todos lo piden, nadie lo defiende;
Hay de por medio buenas ocasiones,
Y es la principal cosa que pretende
Don Alvaro, que dió las comisiones;
Si alguno con sospechas os ofende,
Con esto se deshacen opiniones,
Pues verán que la suya fué siniestra,
Y quedará sin mácula la vuestra.

» Vuestra merced por tanto se declare
Y sin perplejidad nos encamine
A la resolucion que más cuadrare,
Para que cada cual se determine;
Porque si de la nuestra discrepare,
Yo me quiero volver por donde vine
A mi reposo y á mi residencia,
Y desde luego pido la licencia.»

Dijo, y aunque se tuvo cumplimiento
Por el Gaspar de Rodas con Ospina,
No fué tan á su gusto que viniese
A declararse como se pedia;
Y así sobre volver á sus haciendas
Y al nuevo reino hizo tal instancia,
Que se le concedió libre licencia
Con veinte de los mas aventajados
A le hacer escolta, hasta tanto
Que lo dejasen ya fuera de riesgo.

Y así se despidió de sus amigos
Con intimo dolor de todos ellos
Y desconsuelo general del campo,
Por ser varón á todos agradable
Y de tal condicion que nunca supo
Negar favor á quien se lo pedia
Ni para hacer bien cerrar la mano.
Y desta causa cada cual hablaba
Contra Gaspar de Rodas, el cual viendo
Quedar toda la gente desabrida,
Por deshacer vanilocos concilios
Mandó que luego salga Juan Velasco,
Gran carillo del Francisco de Ospina,
Con cuarenta soldados diligentes
A descubrir el gran rio de Cauca,
Do cae la provincia de nutaves,
Bravísima nacion y rica de oro;

Ansimismo mandó por otra parte
Que saliese con veinte compañeros
Pero Fernandez de Rivadeneyra,
Gallego valeroso y esforzado
Y del Ospina no menos amigo,
A descubrir el gran valle de Teco,
Y él se quedó con los mas impedidos
Y menos sospechosos en el campo,
Con lo cual como capitán prudente
Desbarató nubladas confusiones
De los que miden sin hacer discurso
La justicia y razon por sus antojos.

Dejando pues al Francisco de Ospina
En tierra que constaba ser segura,
Aquellos veinte que le fueron dados
Para seguridad de su persona
Al campo se volvieron con gran priesa,
Por la que se les daba por los indios,
Que fueron salteados á la vuelta:
Para satisfacion de su trabajo,
Y por sus buenas mañas y destreza,
Llegaron con salud y con ganancia.

Y el Francisco de Ospina ya llegado
Con otros á la villa de Antioquia,
Al gobernador hizo mensajero
Dándole cuenta de lo sucedido,
Y cómo fué su gasto sin provecho,
Porque Gaspar de Rodas atendia
A lo que le tocaba solamente,
Y que reconocido su diseño
Determinó volverse de menguante,
Lo cual sonó muy mal á los oídos
De su gobernador, y con enojo
Acordó revocarle los poderes
Y dallos á su hermano don Alonso,
Segun declararemos adelante
A tiempo que convenga, pues agora

Será justo volver á los que fueron
A descubrir las gentes de nutaves,
Y valle donde fué Rivadeneyra.

CANTO SETIMO.

Donde se da relacion de lo sucedido á Juan Velasco y á Pedro Fernandez Rivadeneyra, en la provincia de los nutaves y valle de Teco.

De cuánto precio sea la templanza
Medida y regulada con prudencia
Para quietar alborotados pechos
Cuando de la razon pierden las riendas,
Bien se manifestó, segun dijimos,
En el orden que dió Gaspar de Rodas,
Pues con los ocupar en honorosos
Cargos, y dividillos en dos partes
Con gente de quien él se confiaba,
Cesaron confusiones arrojadas
A mas encanecidas pesadumbres.
Y así los dos caudillos que la parte
Seguian del Ospina, convencidos
Del cortesano término que tuvo
El general haciendo confianza
De sus personas en aquel viaje,
Con animos quietos y obedientes
Siguió cada cual dellos su derrota.

Y el Juan Velasco, por aquel paraje
De montañas do viven los nutaves,
Prosiguió su camino hasta tanto
Que vió las aguas del potente rio
De Cauca y una puente de bejuocos
A la cual le llamaban los antiguos
Españoles la puente de Aberunco,
Asaz nombrada, pero los modernos
Puente de Negueri, por un cacique
Guerrero que después allí vivia,
Le llaman de presente: desde donde
En la contraria banda descubrieron
Ameno valle de zavas rasas
Por una y otra parte bien poblado,
Y cuyas apariencias eran tales
Que delectaban los humanos ojos,
Deseosos de ya ver tierra clara;
Porque los territorios circunstantes
Por una y otra parte son montañas,
Aunque pobladas y de gente rica,
Por razon de las minas que poseen,
Que son en gran manera caudalosas.

Al raso pues adonde dieron vista
Le llamaron el valle de la Vieja,
Por una que prendieron en la puente,
Mujer negociadora que tractaba
Por aquella comarca como muchas
Viudas allí tienen de costumbre;
Mas, en aquel viaje, de sus tractos
Otros arrebataron la ganancia
Quitándole preseas que valian
Arriba de mil pesos de buen oro,
Y si por cambio dellos algo dieron
Seria bofetones el retorno,
Porque les diese largas relaciones
De lo que la provincia contenia,
Y ella les declaró por cosa cierta
Ser su prosperidad engrandecida,
Pero los moradores belicosos
Y prestos siempre para su defensa.
Lo cual se mostró bien, pues en sabiendo
Venir en su demanda los barbudos,
Cargó tal multitud sobre los pocos,
Que de comun acuerdo concertaron
Irse con buen aviso retrayendo
Al castellano campo (donde dieron
Enteras relaciones de lo visto)
Dentro del tiempo que les señalaron,
Lo cual Rivadeneyra nunca hizo,
Porque tomó mas dias de demora
De los que se le dieron limitados,
De donde resultó qué y los suyos
Corriesen grande riesgo de la vida
Habiéndoles cabido buena suerte

A los principios, sin tener zozobra,
A causa de que entraron en el valle
A hora que los ojos ocupaba
Nocturna quietud y blando sueño;
Y así prendieron gran copia de gente,
Y al principal cacique de la tierra
Con todas las preseas y caudales
Que tienen hombres ricos, sin sospecha
De ser acometidos y asaltados;
Mas no supo gozar desta ventura
Por esperar a la tener mas llena
Rogado del cacique, que le dijo:
«No cumple, capitán, tan brevemente
Hacer esta mudanza ni desvío,
Si quieres buen rescate desta gente
Y salir de miseria con el mío,
Porque lo daré tal que te contente,
Y demás desto todo buen avío,
Como dos ó tres dias mas esperes
Para llevar el oro que quisieres.
» Ya saben cómo estoy aprisionado
Mis amigos, mis deudos y herederos,
De los cuales estoy bien confiado
Que vernán ellos ó sus mensajeros
A dar dentro del tiempo señalado
Por mi rescate copia de dineros;
Y á trueco de llevar mayor ganancia,
Dos dias mas es breve la distancia.»
Esto dijo debajo de cautela
Aquel astuto bárbaro, y el otro
Vencido de codicia, comun lazo
En que caen los hijos deste siglo,
Creyó la falsedad del enemigo,
De quien aun la verdad es sospechosa,
Pues es de presumir cuando la dice
Ser para dar sazón á sus engaños;
Y así llegada ya la madrugada
Del dia que esperaban la riqueza,
Acometiéronle tempestad horrible
De flechas, piedras, dardos y macanas,
Y tan apresurado torbellino
Como viento tifónico revuelve
Cuando con mas furor se precipita
Y de sus soplos fuertes impelidas
Las cosas ponderosas van volando:
De tal manera que los españoles
Fueron de sus asientos removidos,
Atentos todos ellos solamente
A las seguridades de sus vidas,
Sin dárseles lugar á que retengan
La presa de captivos ni despojos,
Antes en momentánea distancia
Fueron desposeidos, y aun dejaron
Algunas cosas mas aquellos traían,
Juzgando por grandísima ventura
Escapar con las armas en las manos,
Con cuyos presurosos golpes hienden
Cabezas y andan miembros palpitando
De los que quieren mas aventajarse
En aquel furioso rompimiento.
Adonde sin temor de las respuestas
A dura resistencia se abalanzan,
Mas no sin el castigo sanguinoso
Que sacan los que llegan á las manos,
Que no quieren atarse ni rendirse
A la disposición de las contrarias;
Porque con los aceros afilados
Y violentas pilulas de plomo
A muchos entregaban á la muerte,
Y á los demás templaban el orgullo
Para que no llegasen tan sin freno
A los que caminaban retrogrados
A su campo, mas no tan libremente
Que no les fuesen siempre dando caza,
Sin que cesasen de una y otra parte
Los jáculos y tiros salitrosos,
Y sin que con obscuro ni con claro
Les diesen un momento de reposo,
Hasta llegar cercanos al asiento
Adonde el general los esperaba.
Cuyos oídos como percibiesen
El estampida de los arcabuces,

Reconoció la quiebra que traían
Y despachó socorro de soldados
Que llegaron á buena coyuntura
A los que deseaban el presidio,
Porque demás de que venían faltos
De municiones para defenderse,
Estaban muchos dellos mal heridos,
Y mas el capitán Rivadeneyra,
A quien en las horrisonas refriegas
Dieron cinco flechazos peligrosos,
Y todos se juzgaban por perdidos
A no llegar la gente de refresco;
Pero con su favor fué rebatido
El bárbaro tumulto brevemente,
Y sanos y heridos españoles
Llegaron á su campo, donde fueron
Con la posible cura reparados,
Cortándoles las carnes lastimadas,
Y con ardientes hierros las heridas
Quemadas fuertemente, porque pierda
El veneno mortífero la fuerza,
Por ser de los antidotos aqueste
El que se tiene por mas eficace.
Luego Gaspar de Rodas, viendo flaco
Recurso de comida en Itúango,
Y començar las aguas del invierno,
Determinó, por ser mas proveida,
Volver á la provincia de Norisco;
Y así para buscar gente de carga
Salió por capitán Andrés de Soria
Con treinta compañeros bien armados,
El cual en breve tiempo trajo mucha
Gente de los confines de Agrazava.
Y este cacique, como no pudiese
Quitar la presa por salirse fuera
El Soria brevemente con el salto,
Vino de paz con otros principales,
Y al general le dió copia de oro,
Ansi por amistad y vasallaje
Como por redempcion de sus captivos
Que llevaron las cargas á Norisco;
Donde hasta pasar el hiemal curso
Tuviron sitio bien acomodado,
De cosas necesarias proveido
A las espensas de Tacujurango.
Salió luego Pineda con cincuenta
Soldados animosos al castigo
De Teco, por aquel atrevimiento
Que tuvieron y queda declarado;
Y como fueron bien aprecebidos
Y en ajenas cabezas avisados,
Tomaron á su gusto la venganza
Sin que bárbara mano les ofenda
Ni pueda resistir á la cristiana.
La cual, después de Teco castigado,
Rompió por la provincia de Cúisco
Y por Arauca y valle de Túingo,
Que las corrientes del Cenú visitan
Y hacen rico con dorados granos,
Cuyas impetuosas aguas vienen
De Carauta, Itúango, Ceracuna,
Y guían con aumento su carrera
Por Guacuceco, Nitaná, Pubío,
Peberé y otras tierras montuosas
De naciones crueles indomables
Y de riqueza que es inestimable
Por los veneros prósperos que tiene
El húmido compás destas montañas.
Cuyos secretos deseaban todos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del rio del Cenú por él abajo,
Cuya noticia que tenían antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y así pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Que tienen á las gentes españolas,
Callaron la verdad, diciendo: «Pobres
Son todas las provincias adyacentes
A las marinas ondas y riberas;
Mas á las cabezadas deste rio
Hallareis poblaciones opulentas,
Y gozareis de próspera ventura;
Que tal es la que tienen sus vecinos
En quietud y ocio, porque nunca
Allí llegaron gentes extranjeras
Que sus ricos caudales disminuyan.»
Fueron aquestas nuevas apacibles
A nuestros españoles, y dejando
Abajo lo que mas les convenia,
Siguiéron la derrota de Carauta,
Espacio de tres dias de camino
Por páramos y riscos levantados
De tierra frigidísima y helada,
Que la hacia mas intolerable
La pluviosa fuerza del invierno.
Hallaron buen abrigo, porque luego
Les salieron de paz los moradores,
Aposentándolos benignamente
Con todos los regalos y caricias
Que podia hacerles gente pobre;
Pero de los soldados por ventura
Algunos indios fueron agraviados,
Pues que por un atajo no sabido
De nuestros españoles, que pensaban
Estar prolijas leguas de su campo,
Fueron al general á dar querellas
Contra los que hicieron el agravio;
Y por Gaspar de Rodas entendida
La razon y la parte donde estaban,
Después de halagar los querellantes,
Despachólos con cartas, por las cuales
Al Pineda mandaba que se vuelva,
Y á los demás que no le reconozcan
Por capitán, ni pasen adelante,
Sino que luego, pues están cercanos,
Procuren de venir á su presencia.
Abreviaron los indios el camino
Y dan las cartas á los descuidados
De recebillas, donde presumian
No poderse tener noticia dellos;
Pero sin rehusar el cumplimiento
De lo que les mandaba, se partieron
Por el camino breve que los indios
Usaban en los tractos de Norisco,
En aquel tiempo via peligrosa,
A causa de pasar por un altura
De tierra rasa, fria, despoblada,
Que páramo llamamos comunmente,
Do corren insufribles ventisqueros,
Imbriferos y tales que traspasan
Sus pluviosos soplos las entrañas,
De donde resultó quedarse yertos
Y sin vital calor doce sirvientes,
Y á dos ó tres soldados cuya ropa
Era de poco tomo, por librallos
Del áspero rigor del viento y agua,
Los fueron á gran prisa vareando
Para les dar calor, por ser remedio
En tal necesidad con que se escapan
Algunos deste gélido rocío.
Al fin saliendo desta destemplanza
Llegaron á Norisco, temple grato,
Donde del general y los amigos
Fueron reprehendidos por el yerro
De no seguir el curso de las aguas
Del rio del Cenú por él abajo,
Cuya noticia que tenían antes
Les prometia prósperos despojos.
Mas no faltó quien por tentar la suerte,
Del yerro recibió contentamiento:
Este fué Juan Velasco, deseando
Hacer aquel viaje, y así pide
Con gran instancia se le dé licencia,
La cual le concedió Gaspar de Rodas,
Con orden que no fuese la tardanza
En dar la vuelta mas de treinta dias.
Partió pues Juan Velasco con cuarenta

Destrisimos soldados y animosos,
Los cuales ya llegados á la parte
Donde Pineda tuvo ranchería,
Bajaron por orillas de aquel rio,
Y en menos de dos dias de jornada
Descubren generosas poblaciones
Que se continuaban por espacio
De mas de veinte leguas, tierra fértil,
De saludables aires y apacible
Ampollada de cerros sin montañas,
Sino zavasanas llenas de culturas.
Dieron en los primeros moradores,
Incautos, sin sospechas deste daño,
Adonde recogieron manos prestas
Chagalas y otras joyas de oro fino,
Y demás desto cantidad de ropa
De tela de algodón y otras preseas
Preciadas entre bárbaro gentío,
De maíz casas llenas, y cecinas
De puercos, jabalies y venados,
Abundancia de sal y de pescado,
Diversas fructas y regalos otros
Que producen las tierras abundantes;
Y con aqueste cebo procedieron
Por esta poblacion continuada
Dos ó tres dias mas, y como viesen
Quedar á las espaldas mucha gente,
Antes que se convoquen los vecinos
Derramados en varias granjerías
En aquella sazón, determinaron
De se volver con esta rica presa
Al castellano campo, donde fueron
Con aplauso solemne recibidos,
Ansi por los despojos que traían
Como por la razon que se les daba
De lo que la provincia prometia,
A la cual unos y otros anhelaban;
Y así Gaspar de Rodas pidió votos
Para fundar ciudad en Itúango
En parte convenible, y en asiento
Cuya comodidad correspondiese
A lo lejano y á lo mas vecino;
Y de conformidad de todos ellos
Escogieron el sitio que diremos
En el octavo canto que prometo.

CANTO OCTAVO.

Donde se trata de la fundación de la ciudad llamada San Joar de Rodas, y cómo á Gaspar de Rodas le vino nueva que don Alvaro de Mendoza enviaba á su hermano don Alonso de Caratajal, para que le sucediese en el cargo.

Al tiempo que por proprio movimiento
Apolo visitaba la doncella
Con sus dorados rayos influyendo
Secas operaciones con templanza,
Y en estos hemisferios comenzaban
Los apacibles dias del verano,
Gaspar de Rodas con sus españoles
Salió de la provincia de Norisco
Y en Itúango puso sus banderas;
Donde después de tantear la tierra
Y aquellos términos que pretendia
Hacer anejos á la nueva planta,
Parecióle ser sitio conveniente
La parte que llamaban Paramillo,
Que distaba dos leguas poco menos
Del rapidísimo rio de Cauca,
Y allí fundó ciudad en obediencia
Del máximo monarca don Filipo,
Con nombramiento de San Juan de Rodas,
Porque el del fundador fuese notorio
A la posteridad en aquel suelo:
Lo cual fué por el año de setenta,
A diez dias andados de setiembre.
Nombrado pues cabildo y regimiento
Y hechas las comunes diligencias,
Con dia, mes y año, según suelen
Hacerse semejantes fundaciones,
Revolvió sobre Pequí é Ibijico,